

Interrogado

Tras la cólera acuñada en moneda grande o pequeña
—ejemplo favorito al que se daba azúcar—,
después de tantos entonces y de dar la voltereta
en una cuerda floja que, a ratos,
se tensaba—trabajo sin red—,
quiero ahora, quiero sin falta...

¿Cómo van las cosas? - Han ido peor a veces.

¿Tuviste suerte? - Sí, gracias al señuelo.

¿Y qué has hecho desde entonces?

Los libros dicen cómo se hubiera podido hacer mejor.

Quiero decir, ¿qué hiciste tú?

Estuve en contra. Siempre estuve en contra.

¿Y fuiste culpable? - No. Porque no hice nada.

¿Has aprendido lo que se podía aprender?

Sí. Con el puño aprendí qué era la goma.

¿Y tu esperanza? - Mintió al llamar verde al desierto.

¿Y tu rabia? - Tintinea como el hielo en el vaso.

¿La vergüenza? - Nos saludamos de lejos.

¿Tu gran plan? - Sólo la mitad compensa.

¿Te has olvidado ya? - Recientemente, de la cabeza.

¿Y la Naturaleza? - A menudo paso en coche por delante.

¿Los hombres? - Me gustan en el cine.

Están muriendo otra vez. - Sí, lo he leído...

¿Quién me enjabona? Mi espalda
me resulta tan lejana como... ¡No!...

No quiero usar más metáforas,
ni rumiar, ni contar sílabas

y esperar a que la bilis escriba.

¿Te sientes mejor ahora? - Las cosas tienen mejor aspecto.

¿Más preguntas? - Pregunta lo que quieras.

(De "Interrogado")

Miedo súbito

Quando en verano, con viento del Este,
se agita el polvo de septiembre y, en un periódico tardío,
los editoriales rozan la mística,

cuando las Potencias quieren cambiar de cama
y, para controlarlos, pueden fabricar
abiertamente nuevos artefactos,

cuando los excursionistas acampan en torno al fútbol
y la mirada juguetona de las naciones
refleja decisiones importantes,

cuando columnas de cifras obligan al sueño
y un enemigo camuflado resopla,
a través del sueño, arrastrándose sobre los codos,

cuando en las conversaciones siempre la misma palabra
permanece ambiguamente en reserva
y una cerillita se convierte en medio para un Fin,

cuando al nadar de espaldas
se alza hacia el cielo el cielo sólo,
la gente asustada busca la orilla,

un miedo súbito flota en el aire.

Llama abierta

Una casa vacía a mis espaldas
y la certeza de calcetines puestos a secar;
fuera se esfuerzan tormentas de antiguo conocidas.

Con pensamientos amiantados,
hurgar en brasas ajenas, luego en cenizas;
porque el lado caliente tiene razón.

Placeres y bonitas conversaciones
con la madera excitada y temerosa;
fácilmente me dejo convencer

Eso vegeta hasta que. Cierra,
cierra de una vez la puerta.
Dentro todo se hace real.

Las chimeneas antes habitadas
fueron ya abandonadas ayer.
Mañana, cabeza abajo, flotará el humo frío.

Insomne

Mi aliento erró el ojo de la aguja.
Y ahora tengo que contar
y deshojar, bajando, las escaleras hacia casa.

Pero los corredores por los que me arrastro
desembocan en fosos de agua,
en los que renacuajos...
Cuenta otra vez

Mi cinta parlotea al rebobinar su tercer decenio.
La cama sale de viaje. Y en todas partes
la aduana interviene: ¿qué lleva usted ahí?

Tres calcetines, cinco zapatos, un chisme para la niebla...
Los cuentan en varios idiomas:
las estrellas, las ovejas, los tanques, las voces...
Se hace una suma provisional.

Amor

Es esto:
Transacciones sin efectivo.
La manta siempre un poco corta.
El contacto flojo.

Buscar más allá del horizonte.
Rozar con cuatro zapatos las hojas muertas
y frotar mentalmente pies desnudos.
Arrendar y tomar en arriendo corazones;
o en la habitación con ducha y espejo,
en un coche alquilado, con el capó hacia la luna,
dondequiera que la inocencia se baja
y quema su programa,
suena la palabra en falsete,
cada vez diferente y nueva.

Hoy, ante la taquilla aún cerrada,
susurran, de la mano,
el avergonzado viejo y la vieja delicada.
La película prometía amor.